

Landesbibliothek Oldenburg

Digitalisierung von Drucken

Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha

En Quatro Tomos

Cervantes Saavedra, Miguel de

Londres, 1738

Capitulo XLVI. De temeroso espanto cencerril y gatuno, que recibio Don Quixote en el diseurso de los amores de la enamorada Altisidora.

urn:nbn:de:gbv:45:1-1686

CAPITULO XLVI.

Del temeròso espanto cencerril, y gatùno, que recibió Don Quixote en el discurso de los amores de la enamoràda Altifidora.

DEXÀ MOS al gran Don Quixote embuèlto en los pensamièntos, que le avia causàdo la musica de la enamoràda donzella Altifidora, acostòse con ellos, y como si fuèran pulgas no le dexaron dormir, ni foflegàr un punto; y juntàvanse los que le faltàvan de sus medias; pero como es ligèro el tiempo, y no ày barranco que le detenga, corriò cavallero en las horas, y con mucha presteza llegò la de la mañana. Lo qual visto por Don Quixote, dexò las blandas plumas, y no nada pereçòso se vistiò su acamuçàdo vestido, y se calçò sus botas de camino por encubrir la desgracia de sus medias. Arrojàse encima su manton de escarlata, y pùsose en la cabeça una montera de terciopelo verde guarnecida de passamanos de plata: Colgò el Tahali de sus ombros con su buena, y tajadora espada: Afliò un gran rosario, que consigo contino traìa; y con gran prosopopeya, y contonèo saliò à la antefala, donde el Duque, y la Duquesa estàvan yà vestidos, y como esperàndole; y al pasàr por una galeria, estàvan aposta esperàndole Altifidora, y la otra donzella su amiga: Y assi como Altifidora viò à Don Quixote, fingiò defmayàrse, y su amiga la recogìo en sus faldas, y con gran presteza la iva à defabrochàr el pecho. Don Quixote, que la viò, llegàndose à ellas, dixo: Ya sè yo de que proceden



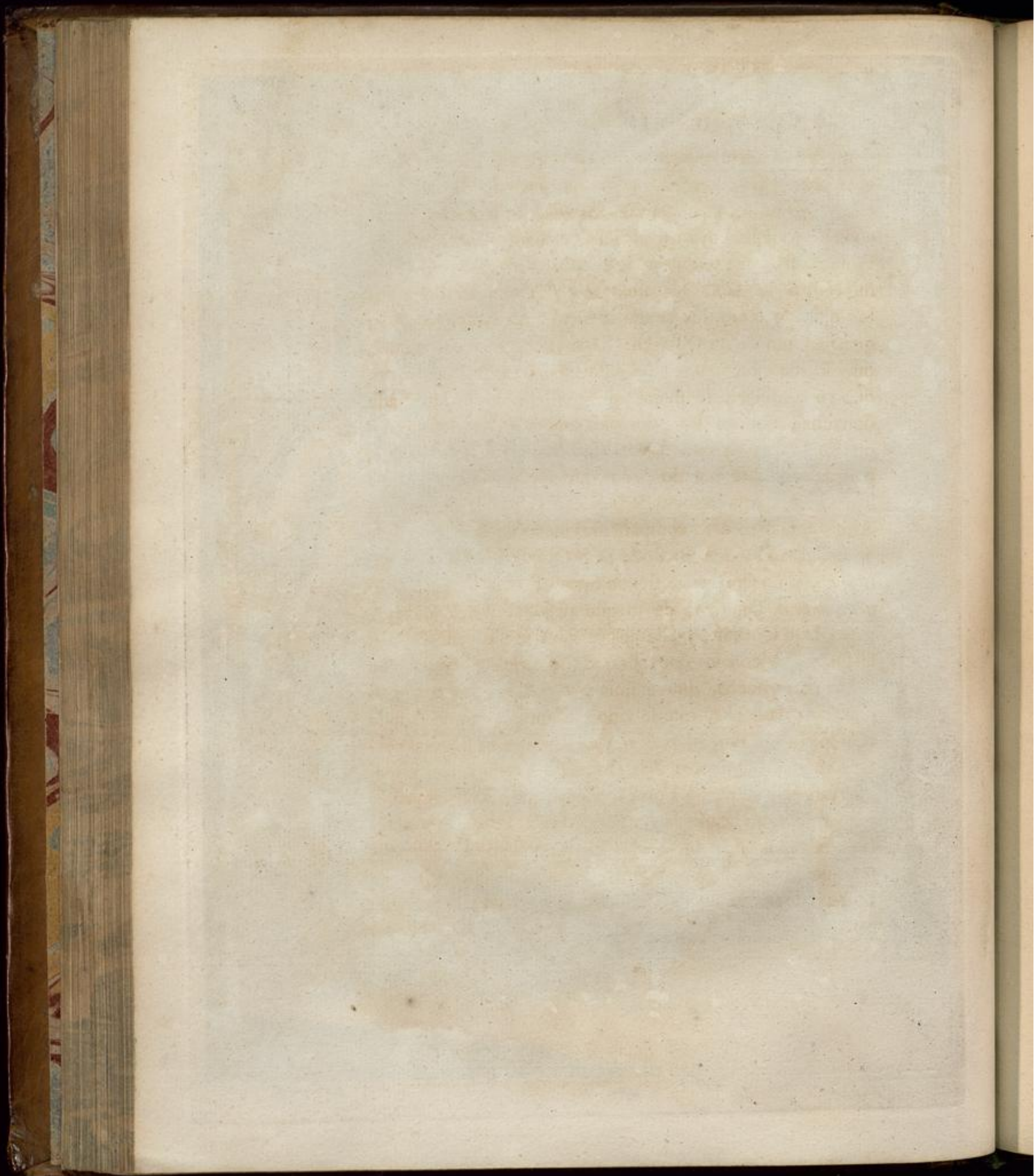
J. Vanderbank inv.

Vol. 4. p. 103.

Ger. Vander Gucht Sculp.

47





den estos accidentes. No sè yo de que, respondiò la amiga, porque Altifidora es la donzella mas sana de toda esta casa, y yo nunca la he sentido un *ay* en quanto hà que la conozco (que mal àya quantos Cavallèros andantes ày en el mundo, si es que todos son desagradecidos) Váyasse vuefía mercèd, Señor Don Quixote, que no bolverà en si esta pobre niña en tanto que vuefía mercèd aquí estuvière. A lo que respondiò Don Quixote: haga vuefía mercèd, Señora, que se me ponga un laùd esta noche en mi aposento, que yo consolarè, lo mejor que pudière, à esta lastimada donzella; que en los principios amoròsos los desfengaños prestos suelen sèr remedios calificàdos; y con esto se fue, porque no fuèsse notàdo de los que allí le vièssen. No se hùvo bien apartàdo, quando bolviendo en si la desmayada Altifidora, dixo à su compañera: menestèr ferà, que se le ponga el laùd; que sin duda Don Quixote quiere dàrnos, musica, y no ferà mala, sièndo fuya. Fuèron luego à dàr cuenta à la Duquesfía de lo que pasàva, y del laùd que pedia Don Quixote, y ella alègre sobre modo concertò con el Duque, y con sus donzellas, de hazèrle una burla, que fuèsse mas risueña, que dañosa; y con mucho contento esperàvan la noche, que se vino tan aprièfía, como se avìa venido el dia, el qual pasàron los Duques en fabròsas plasticas con Don Quixote: Y la Duquesfía aquel dia real y verdaderamente despachò à un page fuyo (que avìa hecho en la selva la figura encantada de Dulcinèa) à Teresa Pança con la carta de su marido Sancho Pànça, y con el lio de ropa, que avìa dexàdo, para que se le embiàsse, encargàndole, le truxèsse buena relacion de todo lo que con ella passàsse.

Hecho



Hecho esto, y llegadas las onze horas de la noche, hallò Don Quixote una vihuela en su aposento; templòla; abrió la rexa, y fintió, que andava gente en el jardin; y aviendo recorrido los trastes de la vihuela, y afinádola lo mejor que supo, escupió, y remondóse el pecho, y luego con una voz ronquilla, aunque entonada, cantò el siguiente romance, que el mismo aquel dia avia compuesto.

Suèlen las fuerças de amor
Sacar de quicio à las almas,
Tomando por instrumento
La ociosidad descuydada.

Suèle el coser, y el labrar,
Y el estar sièmpre ocupada,
Ser antidoto al veneno
De las amorosas ansias.

Las donzellas recogidas,
Que aspiran à ser casadas,
La honestidad es la dote,
Y voz de sus alabanzas.

Los andantes Cavalleros,
Y los que en la corte andan,
Requiebranse con las libres,
Con las honestas se cafan.

Ay amores de levante,
Que entre huespedes se tratàn,
Que llegan presto al poniente,
Porque en el partirse acabàn.

El

El amor rèzien venido,
 Que oy llegò, y se và mañana,
 Las imagines no dexa
 Bien impressas en el alma.

Pintura sobre pintura
 Ni se muestra, ni señala,
 Y do ay primera belleza
 La segunda no haze baça.

Dulcinèa del Tobòso,
 Del alma en la tabla rafa
 Tengo pintada de modo
 Que es imposible borrarla.

La firmeza en los amantes
 Es la parte mas preciada,
 Por quien haze amor milagros,
 Y assi mesmo los levanta.

Aquí llegava Don Quixote de su canto, à quien estavan escuchando el Duque, y la Duquesa, Altifidora, y casi toda la gente del castillo, quando de improvise desde encima de un corredor, que sobre là rexa de Don Quixote à plomo caia, descolgaron un cordel, donde venian mas de cien cencerros assidos, y luego tras ellos derramaron un gran saco de gatos, que assimismo traian cencerros menores atados à las colas. Fue tan grande el ruydo de los cencerros, y el mayar de los gatos, que aunque los Duques avian sido inventores de la burla, todavia les sobrefaltò; y temeroso Don Quixote, quedò pasmado: Y quiso la fuerte que dos ò tres gatos se entraron por la rexa de
 fu

su estancia, y dando de una parte à otra, parecía que una region de diablos andàva en ella. Apagàron las velas que en el aposènto ardian, y andàvan buscàndo por dò escapàrse. El descolgàr, y subir del cordel de los grandes cencerros, no cesàva; la mayor parte de la gente del castillo, que no sabìa la verdàd del caso, estàva suspènsa, y admirada. Levantòse Don Quixote en pie, y ponièndo mano à la espàda, començò à tiràr estocàdas por la rexa, y à dezir à grandes voces: A fuèra, malignos encantadores, à fuèra, canalla hechizerèscas, que yo soy Don Quixote de la Mancha, contra quien no valen, ni tienen fuerça vuestras malas intenciones: Y bolvièndose à los gatos, que andàvan por el aposènto, les tirò muchas cuchilladas. Ellos acudièron à la rexa, y por allì se salièron, aunque uno, vièndose tan acosàdo de las cuchilladas de Don Quixote, le saltò al rostro, y le assiò de las narizes con las uñas, y los dientes; por cuyo dolor Don Quixote començò à dàr los mayores gritos que pùdo: Oyèndo lo qual el Duque, y la Duquesa, y consideràndo lo que podia sèr, con mucha prefeza acudièron à su estancia, y abrièndo con llave maestra, vièron al pobre cavallero pugnàndo con todas sus fuerças por arrancàr el gato de su rostro. Entràron con luzes, y vièron la desfigual pelèa; acudiò el Duque à despartirla, y Don Quixote dixo à voces: No me le quite nadie, dèxenme mano à mano con este demonio, con este hechizèro, con este encantadòr, que yo le darè à entender de mi à el quien es Don Quixote de la Mancha; Pero el gato, no curàndose destas amenàzas, gruñia, y apretàva: Mas en fin el Duque se le defarraygò, y le echò
por

por la rexa. Quedò Don Quixote acrivado el rostro, y no muy fanas las narizes, aunque muy despechado, porque no le avian dexado fenecer la batalla, que tan travada tenia con aquel malandrin encantador. Hizièron traer azeyte de aparicio, y la misma Altifidora con sus blanquifimas manos le puso unas vendas por todo lo herido, y al ponerlas, con voz baxa le dixo: Todas estas mal andanças te fuceden empedernido cavallero por el pecado de tu dureza, y pertinacia; y plega à Dios que se le olvide à Sancho tu escudero el açotarse, porque nunca falga de su encanto esta tan amada tuya Dulcinèa, ni tu la gozes, ni llegues al Talamo con ella, alomènos vivièndo yo, que te adoro. A todo esto no respondiò Don Quixote otra palabra, fino fuè dâr un profundo suspiro, y luego se tendiò en su lecho, agradecièndo à los Duques la merced; no porque el tenia temor de aquella canalla gatésca encantadora, y cencerruna, fino porque avia conocido la buena intencion con que avian venido à socorrerle. Los Duques le dexaron foflegar, y se fuèron pesarosos del mal suceffo de la burla; que no creyeron, que tan pesada, y tan costosa le falièra à Don Quixote aquella aventura, que le costò cinco dias de encerramiento, y de cama, donde le sucediò otra aventura mas gustosa que la pasada, la qual no quiere su historiador contar aora, por acudir à Sancho Pança, que andava muy sollicito, y muy gracioso en su gobierno.

